

de las culpas dispensa de este género de penitencias; porque es cosa que llama la admiracion la novedad que les causa, cuando un confesor celoso, al oír sus enormísimas culpas, tiene valor para imponérselas. ¡Cosa asombrosa! un jóven, una doncella tierna, dejan el mundo aun antes de haberle conocido, y van á conservar su primera inocencia entre los rigores de la penitencia mas austera, mientras aquel otro hermano suyo disoluto, aquella otra hermana desenvuelta, viven entregados al desórden sin querer ni aun oír hablar de penitencia ni de mortificacion. ¿Será semejante la suerte eterna de unos y de otros? Consulta cuanto antes con tu director lo que debes observar en este punto; no des oídos á tu delicadeza, sino á tu religion, á tu conciencia y tu necesidad. Si te conservas todavia en la inocencia bautismal, la penitencia es como la sal, que preserva de la corrupcion; si pecaste, no hay otro contraveneno que la penitencia.

---

### DIA QUINCE.

SAN FAUSTINO Y SAN JOVITA, HERMANOS, MÁRTIRES.

San Faustino y san Jovita, hermanos, nacieron de una ilustre familia en Brescia, ciudad de Lombardia. Es probable que sus padres fueron cristianos; lo cierto es que los dos santos hermanos desde su juventud eran muy venerados de los fieles, así por su vida ejemplar como por el celo que mostraban por la religion. Pocos hermanos se han visto mas unidos en dictámenes y en inclinaciones; sus corazones miraban á un mismo objeto, porque sus entendimientos se gobernaban por unos mismos principios. El Espiritu de Dios que los animaba, les quitaba el gusto á todo, menos á ejer-

citarse perpetuamente en santas obras; esta era toda su diversion y todo su consuelo. Ocupábanse en visitar á los fieles que estaban ocultos por miedo de la persecucion; alentaban á unos, consolaban á otros, y hacian bien á todos.

Llegó á noticia de Apolonio, obispo de Brescia, que estaba escondido en un desierto vecino durante aquella terrible tempestad, el valor y celo con que los dos santos hermanos se empleaban en las referidas obras de caridad. Quiso verlos; y habiendo hallado en ellos aun mas virtud y mas mérito de lo que publicaba la fama, creyó que no podia hacer á su iglesia mayor servicio, que elevarlos al ministerio de los altares, confiriéndoles los órdenes sagrados. Dispusiéronse para recibirlos con aquel fervor que merecen las gracias y los dones que acompañan al sacerdocio, en cuyo digno espíritu se imbuyeron. Faustino, que era el mayor, fué ordenado de presbítero, y Jovita de diácono. Salieron de su retiro los dos nuevos ministros de Jesucristo, como los apóstoles salieron del cenáculo, llenos del Espiritu Santo, y animados de aquel fervoroso celo que en poco tiempo hizo maravillosas conquistas, convirtiendo gran numero de gentiles.

La mayor autoridad que les daba el nuevo carácter aumentó tambien su fervor. Predicaban con tanto mayor aliento, cuanta era mas grande su reputacion, adelantándose esta á ganarles las voluntades, y á rendirles los entendimientos, de manera que apenas habia quien pudiese resistirse á su celo.

Al eco de las maravillas que obraban los dos nuevos apóstoles, concurrían los pueblos vecinos, acudiendo en tropas á oír á estos oráculos. Los gentiles detestaban la supersticion, y hacian pedazos los ídolos. Vióse mudado el semblante de la ciudad, siendo cristianos casi todos sus habitantes.

Á vista de tantas conversiones no podia dejar de

irritarse el enemigo comun. Armáronse todas las furias del infierno para detener el rápido curso de tan gloriosas conquistas; ni era posible que un celo tan ardiente y tan eficaz dejase de encender el fuego de la persecucion.

Con efecto, el conde Itálico, grande enemigo del nombre cristiano, sabiendo que habia llegado á Liguria el emperador Adriano, fué á echarse á sus piés. Representóle — *que mirase por su seguridad y por la de todo el imperio, pues una y otra peligraba, amenazándolas de inevitable ruina la malignidad de dos hombres los mas perversos del mundo, puesto que eran los mas fieros enemigos de los dioses inmortales.* Sobresaltado en extremo el emperador al oír una proposicion tan extraña, le preguntó — *quiénes eran los tales hombres, y por qué medios, ó con qué artificios pretendian conseguir un intento tan vasto como depravado.*

*Son dos ciudadanos de Brescia, respondió el conde, el uno se llama Faustino, y el otro Jovita, habilisimos ambos para engañar al pueblo; tan poderosos en palabras y en artificios, que apenas abren la boca, cuando todos los que los oyen dejan el culto de los dioses, arrojan al suelo los idolos, pisanlos, hácenlos pedazos, adoran á no sé qué judío, llamado Jesucristo, que dicen murió en una cruz. Ya han trastornado la cabeza á mucha gente honrada; los templos están desiertos, y la religion de nuestros padres va infaliblemente á ser exterminada, si vos, señor, no aplicais pronto y eficaz remedio. Salid á la defensa de los dioses, á quienes debeis la vida y el imperio: dad incesantemente vuestras órdenes para que sean exterminados los cristianos.*

Movido el emperador con este discurso, creyó que no podia remediar mas eficazmente el soñado mal que amenazaba, que encomendando el remedio, y dando todos poderes, al mismo que conocia todas sus consecuencias. Esto era lo que pretendia el enfure-

cido conde. Así fué que desempeñó la comision con la mayor crueldad.

Partió á Brescia sin detenerse; apoderóse de los dos santos hermanos Faustino y Jovita; mandóles que al punto ofreciesen incienso á los dioses, ó que se dispusiesen para padecer los mas crueles tormentos. La valerosa y firme respuesta de los dos generosos hermanos le quitó desde luego toda esperanza de vencerlos; pero como estaba para venir muy presto el emperador á la misma ciudad de Brescia, tuvo por conveniente esperar á que llegase para consultar con él qué suplicios y qué muerte se habia de dar á unos hombres de aquella calidad y de aquella reputacion.

Informado el emperador del estado de la causa, ordenó que fuesen en su compañía al templo del Sol para asistir al sacrificio. Luego que los santos entraron en el templo, la estatua, que era de oro bruñido y muy resplandeciente, se puso mas negra que un carbon. Sorprendido el emperador, mandó que la lavasen; pero cuando iban los sacerdotes á limpiarla, cayó á los piés de los santos hecha polvo. Atribuyó el milagro á hechiceria, y temiendo la cólera de los dioses, mandó que los dos hermanos fuesen echados á las fieras. Apenas entraron en el circo cuando soltaron cuatro leones para que los despedazasen; pero todos cuatro se postraron mansamente á los piés de nuestros santos, halagándolos blandamente con las colas. A los leones se siguieron osos y leopardos; pero aunque los gentiles procuraban irritarlos con hachas encendidas, no fueron menos atentos que los leones. La funesta suerte del conde-Itálico, y de algunos otros cortesanos, que bajándose á irritar las fieras fueron devorados por ellas, acreditó con prueba visible y dolorosa el poder del Dios que adoraban los dos santos. Lo mas admirable que hubo en este suceso fué, que, atemorizados los gentiles, y huyendo todos atro-

pelladamente á sus casas, se dejaron abierta la puerta del circo con la confusion; pero los santos mandaron á las fieras que se fuesen derechas á los bosques sin hacer daño á persona alguna; lo que ellas ejecutaron al instante.

Atemorizado tambien el mismo emperador, y temiendo alguna sedicion, salió de la ciudad; pero encaprichado siempre en el dictámen de que las maravillas que obraban nuestros santos eran efectos del arte mágico, creyó neciamente que podia ser medio para hacer inútil su arte el irles conduciendo por varias ciudades de Italia. Con esta extravagante idea, mandó que fuesen llevados á Milan en compañía de uno de sus oficiales, llamado Calocero, el cual se habia convertido á la fe á vista de tantos prodigios. No es fácil expresar cuántos y cuán varios géneros de tormentos tuvieron que padecer, ni cuántas y cuán gloriosas victorias consiguieron. Llenáronles la boca de plomo derretido, rompiéronles los huesos, quemáronles los costados con láminas ardiendo. En este suplicio exclamó Calocero: *Rogad á Dios por mi, ó santos mártires, y pedidle me dé fortaleza para sufrir el rigor del fuego que me atormenta.* Habiendo hecho oracion los dos hermanos, no sintió Calocero mas dolor, y pocos dias despues consiguió la corona del martirio.

Pasó el emperador desde Milan á Roma y á Nápoles, y ordenó que los dos santos hermanos le siguiesen en todas estas jornadas, sin advertir que era soberana disposicion del cielo, para que por este medio hiciesen nuevas conquistas en las tres mas famosas ciudades de Italia. En todas partes padecieron crueles tormentos por Jesucristo, y en todas su invicta paciencia y las maravillas que continuamente obraban, convertian á la fe innumerables gentiles. En fin, volviéndolos á conducir á Brescia cargados de palmas y de laureles,

despues de tan repetidos triunfos, consumaron su glorioso martirio, habiéndoseles cortado la cabeza fuera de la ciudad en el camino que va á Cremona, hácia el año de Jesucristo de 122. Desde entonces los venera la ciudad de Brescia por patronos suyos, conservando sus preciosas reliquias en una urna de mármol, sostenida de seis columnas de la misma materia, en la propia iglesia que es titular de su nombre.

#### MARTIROLOGIO ROMANO.

En Brescia, la fiesta de los santos Faustino y Jovita, mártires, los cuales sostuvieron victoriosamente muchos combates por la fe de Jesucristo en tiempo del emperador Adriano, y alcanzaron la gloriosa corona del martirio.

En Roma, san Craton, mártir, el cual habiendo sido bautizado con su mujer y toda su familia por el bienaventurado obispo san Valentin, fué poco tiempo despues martirizado con todos ellos.

En Terni, santa Agape, vírgen y mártir.

El mismo dia, la fiesta de los santos mártires Saturnino, Cástulo, Magno y Lucio.

En Vaison en Provenza, san Quinidio obispo, cuyos frecuentes milagros manifiestan que su muerte fué preciosa á los ojos de Dios.

En Capua, san Decoroso, obispo y confesor.

En el Abruzo ulterior, san Severo, presbítero, de quien escribe san Gregorio que resucitó á un muerto con sus lágrimas.

En Antioquía, san José, diácono.

En Clermont de Auvernia, santa Georgia, vírgen.

*La misa es en honra de los dos santos, y la oracion la que sigue.*

Deus, qui nos annua sanctorum martyrum tuorum Faus-

O Dios, que cada año nos das nuevo motivo de alegría

tini et Jovitæ solemnitate lætíficas : concede propitius, ut quorum gaudemus meritis, et accendamus exemplis : Per Dominum nostrum Jesum Christum Filium tuum... con la festividad de tus bienaventurados mártires Faustino y Jovita : concédenos, que así como nos llenan de gozo sus merecimientos, así también nos inflame el deseo de imitar sus ejemplos : Por nuestro Señor Jesucristo...

*La epístola es del cap. 10 de san Pablo á los Hebreos, y es la misma que el día XIII, pág. 257.*

## NOTA.

« Hallándose todavía en Roma el apóstol san Pablo » el año del Señor de 63, escribió esta epístola á los » Hebreos ; es decir, á los Judíos convertidos á la fe, » que estaban en Jerusalem y en Palestina, para con- » firmarlos en la misma fe, y para animarlos á padecer » por Jesucristo, cuya suprema dignidad ensalza sobre » la de todos los profetas y sobre la de todos los án- » geles, mostrando que es tan superior á Moisés, » cuanto lo es el hijo respecto del siervo. Háceles » conocer que es el verdadero pontífice escogido de » Dios, la verdadera y la única víctima que borró » los pecados del mundo ; muéstrales que sin la fe no » hay salvacion, y los exhorta á tener siempre una » firme invariable confianza en Jesucristo, entre los » grandes trabajos á que estaban continuamente ex- » puestos por el odio de los de su misma nacion. »

## REFLEXIONES.

*Rememoramini pristinos dies, in quibus illuminati, magnum certamen sustinuistis passionum.* Pocas personas hay en cuya serie de vida no se puedan encontrar algunas felices temporadas con que confundir su presente tibieza ó cobardía, y á quienes no se les pueda decir : acordaos de aquellos primeros años de vuestra

inocencia, de aquellos dichosos dias tan serenos, tan llenos de dulce calma ; traed á la memoria aquellos primeros tiempos en que los claros resplandores de la gracia os hacian ver las verdades eternas á tan bella luz ; aquel tiempo en que á favor de aquella penetracion que causa siempre en el alma la pureza de la conciencia, descubríais tan visiblemente la falsa brillantez, los mentidos trampantojos con que el mundo deslumbra siempre á sus parciales ; aquel tiempo en que con tanto gusto vuestro experimentabais cuan dulce es el yugo del Señor, y qué lijera su carga ; aquel tiempo en fin en que, persuadidos de la vanidad, de la caducidad, de la falsedad de todo cuanto el mundo estima, y en que, tocando con la mano sus artificiosos lazos, sus apariencias tan floridas como risueñas, renunciasteis tan generosamente las lisonjeras ventajas con que os convidaba ; ó á lo menos os declarasteis por el partido de la virtud, entablando desde entonces una vida tan regular y tan cristiana. Este rasgo, este recuerdo de la historia de nuestra vida pasada, ¿podrá acaso servirnos de algun consuelo, cotejado con la presente ? ¿darános por ventura motivo de algun sensible placer ? ¡ Ah ! que por el contrario quizá podremos decir con mucha razon con el profeta : *Quomodò obscuratum est aurum* (1) ? ¿ Adónde se han ido aquellos hermosos dictámenes, aquellas sólidas máximas que respiraban desengaño, que solo alentaban virtud ? ¿ Adónde se ha ido aquel primitivo fervor, aquella delicadeza de conciencia, aquella circunspeccion, aquella cristiana modestia ? *Obscuratum est aurum* : perdió su estimacion el oro, porque perdió su resplandor. *Muertus est color optimus*. La enfermedad hace mudar de color ; múdase de librea siempre que se muda de amo. ¡ Qué diferencia de costumbres ! ¡ qué máximas tan distintas ! ¡ qué len-

(1) Thren. 4.

guaje tan diverso! Con todo eso la religion es la misma, ella no ha mudado. ¡Qué confusion, qué verguena nos debe causar esta relajacion! Todavía se conserva en tí, dice Dios en el Apocalipsis (1), todavía se conserva en tí alguna centella de religion, no se ha apagado del todo la fe; pero lengo contra tí que has perdido tu primera caridad. Trae pues á la memoria el estado de donde caiste, haz penitencia, y vuelve á tus primeras obras; porque sino, mira que vengo á tí, y derribaré ese candelero de su lugar. *Nolite itaque amittere confidentiam vestram*, añade el apóstol en nuestra epistola, *quæ magnam habet remunerationem*: no pierdas esa confianza, ese aliento con que al presente te hallas; mira que será seguido de una grande recompensa. Causa admiracion que haya quien desmaye, quien se desaliente á la vista de un amo tan poderoso como benéfico. Aunque se desencadenara contra nosotros todo el poder de las tinieblas, ¿qué podria contra la fuerza de su gracia, que no nos falta jamás? La confianza en Dios es un fuerte invencible contra todos nuestros enemigos. La vista del premio que nos espera conduce para vencer nuestra pusilanimidad, y la brevedad del tiempo que nos resta debiera servir para alentar nuestro fervor y para esforzar nuestro aliento.

*El evangelio es del capitulo 24 de san Mateo.*

In illo tempore, Sedente Jesu super montem Oliveti, accesserunt ad eum discipuli secreto, dicentes: Dic nobis, quando hæc erunt? et quod signum adventus tui, et consummationis seculi? Et respondens Jesus, dixit eis: Videte ne quis vos seducat. Multi enim

(1) Cap. 2.

En aquel tiempo, estando Jesus sentado encima del monte Olivete, se llegaron á él sus discípulos en secreto, y le dijeron: Dinos á nosotros ¿cuándo sucederán estas cosas? ¿y cuál será la señal de tu venida y de la consumacion del siglo? Y respondiéndolo Jesus, les dijo:

venient in nomine meo, dicentes: Ego sum Christus: et multos seducent. Audituri enim estis prælia, et opiniones præliorum. Videte ne turbemini: oportet enim hæc fieri, sed nondum est finis: consurgent enim gens in gentem, et regnum in regnum, et erunt pestilentiae, et fames, et terremotus per loca. Hæc autem omnia initia sunt dolorum. Tunc tradent vos in tribulationem, et occident vos, et eritis odio omnibus gentibus propter nomen meum. Et tunc scandalizabuntur multi, et invicem tradent, et odio habebunt invicem. Et multi pseudoprophetae surgent, et seducent multos. Et quoniam abundabit iniquitas, refrigescet charitas multorum. Qui autem perseveraverit usque in finem, hic salvus erit.

Mirad no os engañe alguno. Porque vendrán muchos con mi nombre, diciendo: Yo soy Cristo, y seducirán á muchos. Oiréis, pues, hablar de guerras, y de rumores de guerras. Cuidad de no turbaros: porque conviene que sucedan estas cosas; pero todavía no es el fin. Porque se levantará gente contra gente, y reino contra reino; y habrá pestilencias y hambres y terremotos en esta y aquella parte. Pero todas estas cosas son solo el principio de los dolores. Entonces os entregarán á la tribulacion, y os harán morir, y seréis aborrecidos de todas las naciones por causa de mi nombre. Y entonces se escandalizarán muchos, y se aborrecerán unos á otros. Y se levantarán muchos falsos profetas, y seducirán á muchos. Y por haber sobreabundado la iniquidad, se resfriará la caridad en muchos. Pero el que perseverare hasta el fin, ese será salvo.

### MEDITACION.

#### DE LOS FRUTOS DE LA PENITENCIA.

#### PUNTO PRIMERO.

Considera con cuanta razon nos recomienda tanto el Salvador que nos guardemos bien de que nos engañen: *Videte ne quis vos seducat*. Con verdad se puede decir que, en materia de salvacion, es muy ordinario caer en ilusion. Es muy ingenioso nuestro amor propio

para alucinarnos; ¿y qué diligencias hacemos para que no nos engañe?

Hasta nos servimos de ciertos ejercicios de piedad; de ciertos actos de religion; que practicamos muy superficialmente, para aturdirnos, para tranquilizarnos sobre muchos puntos que piden una absoluta reforma. Se ha pecado: todos se imaginan haber hecho penitencia; y ¿dónde están sus frutos? Toda penitencia infructuosa es nula. En vano se lisonjea el hombre de una penitencia exterior si no está convertido el corazon.

Por frutos de penitencia no se entiende precisamente la maceracion del cuerpo, sino principalmente la mortificacion de las pasiones y la reforma de las costumbres; estos son propiamente los frutos que espera Dios de nuestra penitencia.

La frecuencia de sacramentos, la oracion, las buenas obras son sin duda grandes medios para arribar á la perfeccion; pero si con tantos y tan poderosos medios conservamos siempre imperfectos, siempre orgullosos, siempre impacientes, siempre envidiosos, siempre inmortificados, siempre coléricos, ¿podremos contar mucho sobre el uso que hacemos de estos medios?

Las mortificaciones corporales son ejercicio de la penitencia; pero el fruto de esta penitencia exterior debe ser el vencimiento de las pasiones, la reforma de las malas inclinaciones del alma. ¿De qué sirve un exterior humilde, reformado, si el corazon está lleno de hiel, y si el orgullo es la pasion dominante?

Pero no basta llevar frutos de penitencia como quiera; son tan ordinarias las adversidades de esta vida, son tan comunes las cruces, que se pueden llevar muchos frutos de estos, y con todo eso ser árboles estériles; es menester que sean frutos dignos: *Facite fructus dignos penitentiae*: es decir, frutos que puedan

presentarse al Señor, que sean gratos á sus ojos, que sean de su gusto. ¿Tienen estas calidades, son de esta especie los frutos que he llevado hasta aquí?

Esos ayunos tan mal observados, esas mortificaciones tan ligeras y de tan corta duracion, esa mera apariencia, esa pura exterioridad de arrepentido y de penitente, ¿son otra cosa que unos frutos fuera de sazón que nunca llegan á madurar?

¡Mi Dios, y cuán de temer es que en llegando el tiempo de la cosecha en que pedis una cuenta tan exacta, en que el padre de familias examina tan escrupulosamente el producto de sus rentas, cuán de temer es que en muchísimas cosas nos hallemos alcanzados!

#### PUNTO SEGUNDO.

Considera que la penitencia sin fruto es penitencia sin mérito. ¿Cuántos son los que padecen mucho sin que Dios tenga que agradecerles sus trabajos? Hay innumerables afligidos, y hay rarísimos penitentes.

La vida religiosa es un ejercicio continuo de penitencia. Y ¿no será gran desdicha que se haya tenido una vida austera y penitente, sin fruto y sin provecho? Pero ¿qué provecho, qué fruto sacará de su vida el religioso tibio y relajado, el religioso que vivió en la religion embriagado enteramente con el espíritu del mundo? Que sinrazón no querer gustar los frutos de la cruz que se lleva á cuestras! No se padecería mas por ello, antes se padecería mucho menos, puesto que estos frutos, por amargos que parezcan, son en realidad muy dulces, de un gusto muy exquisito. Si no se toma el gusto á esta dulzura, es porque se busca su satisfaccion en otra cosa que en la cruz.

Ninguno hay que no tenga mucho que padecer en este mundo. En todos los estados se hallan cruces. No están mas exentos de ellas los que viven con mayores conveniencias. Son unas plantas que en todas

partes nacen; ¿porqué dejaremos perder sus preciosos frutos? Suframos por lo menos con paciencia, ya que no tengamos generosidad ni virtud para sufrir con alegría. Unamos nuestros trabajos con los de Jesucristo; aceptémoslos como penas debidas á nuestras culpas: esta conformidad no los ha de hacer mayores, y de esa manera serán meritorios y serán parte de nuestra penitencia.

¿Necesitaríamos mucho trabajo para hallar los desgraciados frutos de nuestras pasiones, de nuestras malas inclinaciones, de nuestro fondo de iniquidad? y ¿nos fuera tan fácil hallar los dignos frutos de nuestra penitencia? Mientras tanto el día va bajando, el tiempo de la cuenta se acerca, casi estamos ya tocando con la mano la sepultura. ¿Quién nos da confianza?

¿Qué frutos ha dado nuestra penitencia? Frutos secos y amargos; porque ni los ha sazonado, ni los ha hecho jugosos el riego de la gracia. Frutos perdidos, porque los avinagró el mal humor y el desabrimiento con que acompañamos la misma penitencia. Frutos inútiles, porque la reincidencia en los vicios, la pereza y la falta de perseverancia, los impidieron que madurasen: y esta es toda la provision que llevamos; y esta toda la carga con que salimos de este mundo para emprender el largo viaje de la eternidad, y para comparecer ante el tribunal de Dios.

Señor, por vuestra infinita misericordia todavía estoy en paraje de hacer menos infructuosa mi penitencia; confieso que por áspera, por rigurosa, por prolongada que fuese, nunca corresponderia á mis maldades; pero con el auxilio de vuestra divina gracia, espero hacer de hoy en adelante frutos grandes de penitencia; y tales, que por vuestra infinita piedad os digneis de aceptarlos.

## JACULATORIAS.

*Laboravi in gemitu meo, lavabo per singulas noctes lectum meum: lacrymis meis stratum meum rigabo.*  
Salm. 6.

Bien sabeis, Señor, cuantas lágrimas me han costado ya mis culpas; mas no por eso dejaré de llorarlas amargamente todo el tiempo que me durare la vida; dedicaré al llanto aun el tiempo destinado al reposo, y regaré con él el lecho del descanso.

*Domine, ante te omne desiderium meum: et gemitus meus à te non est absconditus.* Salm. 37.

Patente os está, Dios mio, lo único porque suspiraba mi afligido corazon; y testigo sois de mis ocultos gemidos, de mis reconcentradas lágrimas.

## PROPOSITOS.

1. Asombro es que los que están mas indispensablemente obligados á hacer mayor penitencia sean por lo comun los que hacen menos. ¿Qué quiméricos imposibles, qué dificultades insuperables no se figuran ó se alegan cuando se trata de admitir una lijera penitencia por gravísimos pecados! Hay pocas mujeres mundanas, pocos libertinos que tangan fuerzas para ayudar; casi tan pocos son los que no pretendan tener justísimos motivos para ser dispensados hasta de la abstinencia. Si se habla de hacer algunas limosnas, entonces salen las deudas, la mucha familia, los excesivos gastos de la casa. Si se propone siquiera visitar algunas iglesias, luego se alegan las ocupaciones, se ofrecen visitas indispensables; de suerte que, el día de hoy los mayores pecadores parece se juzgan casi absolutamente dispensados de hacer penitencia. Y siendo esto así, ¿cómo se pueden lisonjear de ser penitentes? Examina si no has estado hasta ahora en este error; guárdate bien, especialmente en el sa-